



NÚM. 5.º

Se publica semanalmente á 6 rs. por trimestre, 11 por semestre, y 20 por anualidad, recibiendo los números, en Barcelona á domicilio, y fuera directamente por el correo. En Ultramar: 2 pesos fuertes por anualidad. En el Extranjero: 40 rs. Al que se suscriba por diez ejemplares se le dará á mas uno gratis. Números sueltos: 6 cuartos cada uno.

Se admiten suscripciones en Barcelona en la librería de su Editor el Herefiero de D. Pablo Riera, calle de Robador, n.º 24 y 26, y en la papelería de D. Pedro Casanovas, plaza de la Cucurulla, n.º 2; y fuera en casa de todos los señores que expenden las obras que salen de su establecimiento, ó que están relacionados con él por cualquier concepto que sea. Puede también hacerse la suscripción remitiendo el importe con carta dirigida al Editor en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería, ú otro medio.

AÑO I.

LA DESOBEDIENCIA.

No conozco nada que cause tantos perjuicios á los niños como la falta de obediencia á las órdenes que reciben de sus superiores; y es natural que sea así. Como estos nunca mandan sino aquello que ha de redundar en bien de los niños que están á su cargo, el infringir sus órdenes ha de dejar de producirles el bien y muchas veces es causa de amargos sin sabores para los desobedientes. Algunos niños fingen cumplir con lo que se les manda, y, creyendo que quedará oculto, hacen todo lo contrario; pero esto raras veces deja de descubrirse porque lo que llamamos casualidad, que muchas veces no es mas que un agente de la Providencia, se encarga de destruir los planes mejor combinados. Voy á citaros un ejemplo de esta verdad que, además de seros útil, me parece que os gustará porque os dará materia para reiros de un niño desobediente.

D. Ambrosio, coronel retirado, tenía un hijo de doce años llamado Miguel que era bastante holgazán; pero como su padre era muy severo, no tenía mas recurso, quieras que no, que estudiar bien las lecciones que su maestro le señalaba. Un día al ano-

checer, mientras su padre se preparaba para ir á visitar á un amigo enfermo, le dijo:

—Mira, Miguel, ya sabes que no quiero que te acuestes sin saber las lecciones del día siguiente; hoy no puedo hacer que las estudies á mi lado porque he de salir, pero no por eso dejes de estudiar, porque al volver á casa te tomaré las lecciones, y me enfadaré de veras si haces faltas.

Salió D. Ambrosio, y Miguel empezó á estudiar la lección de astronomía; pero no bien hubo entrado en la definición de los cometas, cuando se acordó de una cometa que tenía olvidada desde mucho tiempo en el desván, y fué á buscarla para ver la diferencia que había entre los cometas de papel y los del sistema planetario. Una vez lo hubo encontrado, le pareció que la cola era pequeña y se entretuvo en hacerle otra mas larga. Luego se le antojó que en vez de ser blanca estaría mejor si pintaba una figura en el dorso, y tomando la caja de colores pintó un monigote. El tiempo se pasaba sin sentir en aquella agradable ocupación cuando oyó que daban las nueve. ¡Hacia tres horas que su padre había salido y no sabía una palabra de la lección! Asustado con las malas consecuencias que aquello podía tener para él, cogió la cometa, la volvió al desván y se dispuso á estudiar, cuando oyó que llamaban y distinguió la voz de su padre que ya estaba de vuelta. La sangre se le heló en las

venas al pobre muchacho, y en vez de confesar lealmente su falta recurrió á una mentira. Se echó al suelo y empezó á llorar y á dar gritos desahogados, y al preguntarle su padre lo que le pasaba, dijo que al querer alcanzar un libro de la biblioteca, se le había torcido un pié y que sufría mucho. D. Ambrosio, que era tan rígido como buen padre, se asustó mucho, colocó á su hijo en la cama y mandó llamar al médico. El doctor examinó atentamente el pié derecho que le enseñaba el niño y no vió ningun síntoma; pero al oír las quejas del paciente, ordenó que para esperar al día siguiente le colocaran una cataplasma. Á la siguiente visita no vió tampoco el médico ninguna señal de inflamación ni fractura, pero viendo que el enfermo pretendía sufrir mucho, siguió con las cataplasmas. El pobre Miguel estaba aburrido de estar en la cama, pero no sabía qué camino había de tomar para no excitar sospechas, y seguía gritando cada vez que le tocaban el pié. Al ver el médico que el pié dolorido presentaba tan buen aspecto como el otro, concibió sospechas, y aprovechando un momento en que Miguel estaba muy absorto mirando unas láminas de viajes, puso la cataplasma en el pié izquierdo.

Al día siguiente entró el médico á la hora de costumbre, con muchos deseos de ver en qué paraba aquella singular dolencia. Acercóse á la cama, seguido de la madre del enfermo y le desató la venda, lo

cual arrancó algunos ayes lastimeros del paciente.

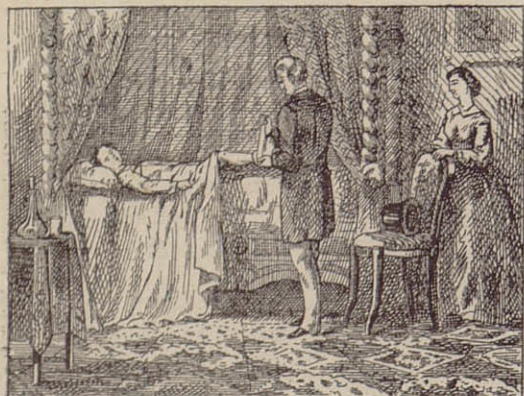
—¿Todavía le duele mucho? —le dijo.

—Menos que ayer,—contestó el muchacho mas sosegado.

—¿Y el otro pié qué tal?

—El otro perfectamente. ¡Vea V.!

Y movió el pié derecho en todos sentidos.



—¡Milagro! —exclamó el médico irónicamente,—¡milagro! ¡vea V., señora, hace cuatro días que trabajo y me afano para curarle la dislocación del pié derecho, y hoy lo he conseguido habiéndole puesto ayer la cataplasma en el pié izquierdo! ¿No es verdad que es prodigioso? Pero lo que yo temo es que esto sean síntomas de un mal mucho mas grave que será preciso cuide V. mucho.

Y, tomando el sombrero, salió de la habitación echando sobre el pobre Miguel una mirada severa.

Enterado D. Ambrosio del suceso, porque su esposa tenía el buen criterio de no ocultarle jamás las faltas graves de su hijo, le mandó que se levantara de la cama, y le tuvo cuatro días encerrado á pan y agua, haciéndole estudiar las lecciones atrasadas. Aprendiólas el pobre chico, y se propuso desde entonces ser mas obediente y menos holgazán.

Gracias á su nuevo modo de obrar, su padre le perdonó aquella falta, y la buena armonía volvió á reinar entre la familia. Sin embargo, el pobre Miguel no pudo nunca ver sin sonrojarse al médico que le habia cuidado, cuya presencia le renovaba sus remordimientos.

Espero, hijos míos, que procuraréis no imitar á Miguel en su holgazanería ni desobediencia; si quereis que en algo os sirva de modelo, escoged para ello su arrepentimiento y firme propósito de no volver á faltar.—Z. C.

GUTTEMBERG.

El invento mas admirable de los tiempos modernos es sin disputa la imprenta. Los chinos la conocian ya en el siglo X; pero en Europa no fue descubierta hasta el siglo XV. Al principio grababan las letras en una plancha de boj, y, pasando encima una capa de tinta, las trasladaban al papel. De este modo llegaron á grabarse li-

bros enteros sobre planchas de boj, pero semejante procedimiento era muy caro y muy imperfecto. El grabado mas antiguo sobre madera que se conoce fue hecho por Lorenzo Coster, de Harlem, en 1423, de donde proviene que los holandeses pretenden el honor de ser los inventores de la imprenta, siendo así que aquello no era mas que un grabado sobre madera. Estaba reservado á un genio alemán el inventar la imprenta propiamente dicha.

Juan de Guttemberg, hijo de una noble y antigua familia, nació en Maguncia en 1400. Habiendo sobrevenido graves disturbios en su ciudad natal, se trasladó á Estrasburgo, en donde hizo el ensayo, en 1436, de colocar letras sueltas grabadas en boj, las unas allado de las otras, y de imprimir con ellas. También inventó la prensa. Á consecuencia de varios disgustos que tuvo en Estrasburgo, en 1445 volvió á Maguncia, en donde se asoció con un rico platero llamado Faust, que adelantó los fondos necesarios á la empresa. Reemplazaron las letras de madera por letras de metal en 1457, é imprimieron una porción de obras, entre otras los Salmos en latín, de cuya edicion quedan todavía cinco ejemplares repartidos en las bibliotecas de Dresde, Viena, Maguncia y París. Un eclesiástico llamado Pedro Schœfer, que tenía muy buen carácter de letra y que fue iniciado en el secreto, mejoró notablemente el nuevo invento. Inventó los caracteres fundidos y la tinta tipográfica.

Semejante asociación no fue muy feliz para el ilustre inventor de la imprenta. Guttemberg riñó con Faust, que era un hombre muy interesado; este le obligó á cederle su participación en la empresa para pagar las deudas que con él habia contraído, y murió en la mayor miseria en 24 de febrero de 1468. Adam Gelth, amigo y pariente suyo, le erigió un monumento destinado á perpetuar su memoria en la iglesia de San Francisco de Maguncia.

Después de la muerte de Guttemberg, Faust continuó imprimiendo y vendiendo Biblias, que se compraban con ahínco por su baratura, pues no costaban mas que doscientos cuarenta reales, siendo así que una copia manuscrita costaba antes cuatro mil.

Tal fue el modesto principio de esa industria que debia causar una modificación tan profunda en el mundo intelectual, y que no tardó en irse perfeccionando cada día á medida que se extendia por la Europa.

La posteridad, injusta durante mucho tiempo con Guttemberg, le ha tributado por fin altos testimonios de admiración y reconocimiento. En 1837, Maguncia le levantó una estatua de bronce debida al célebre cincel de Thorwaldsen, con el producto de una suscripción abierta por toda Europa. Estrasburgo no quiso ser menos, y el escultor David ha reproducido de un modo admirable la figura del hombre célebre

al que deben sus semejantes el invento que permite conservar al través de los siglos los trabajos de los ingenios antiguos y modernos.

CARRERAS, ARTES Y OFICIOS.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Al empezar nuestra publicación anunciamos que haríamos un exámen detenido de las carreras, artes y oficios, y procuraríamos hacer notar las ventajas y defectos de cada uno de ellos. Esta sección no solo va dedicada á los padres y á los maestros de primera enseñanza, sino que deseamos sea leída y meditada por nuestros jóvenes lectores, á fin de que tengan acierto en escoger desde un principio aquella senda que mejor cuadre á sus facultades y á la posición de sus familias.

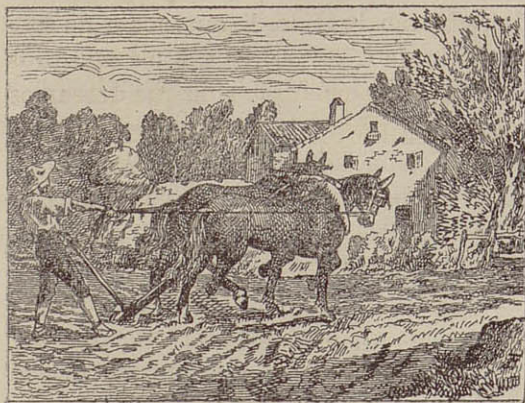
Es indudable que Dios da al hombre una disposición especial para un ramo del saber humano, y que la mayor parte de las veces se revela ya desde la mas tierna infancia; pero ¿cuántas veces equivocan los niños la vocación y la confunden con un vano deseo, hijo de alguna halagüeña ilusión? ¿Qué niño, al ver pasar un regimiento precedido de la banda y la música, al admirar el aire decidido y marcial de nuestros soldados, y deslumbrado por el brillo de los uniformes no ha creído tener vocación por la carrera militar? Y sin embargo, cuando ese mismo niño ha llegado á ser hombre, cuando su inteligencia se ha desarrollado y ha sabido distinguir lo verdadero de lo falso, ha dado en su interior mil gracias á los que impidieron que siguiera una carrera que es muy honrosa, pero que lleva en sí mil penalidades que se esconden á la imaginación del niño, que no distingue mas que el oropel.

No nos cansaremos de repetirlo: tanto los niños como los encargados de su educación é instrucción deben observar atentamente las facultades que mas dominan en ellos, y encaminarlas hácia la ocupación que sea mas análoga á las mismas.

Como la índole de nuestro periódico no nos permite extendernos mucho en cada sección, dejaremos para otro día el enumerar las diferentes carreras, artes y oficios, y luego, sucesivamente, las examinaremos una por una. Sin embargo, no dejaremos hoy la pluma sin hacer constar una circunstancia de muchísimo peso en esta importante materia.

Desde luego debemos dejar sentado el principio de que cada nación ha de dar la preferencia á las carreras y oficios que mas aplicación tengan en ella segun sus especiales circunstancias. Por eso vemos que en nuestro país, que tiene dilatadas costas, hay un número considerable de jóvenes que se dedican al estudio de la náutica, y en cambio en Austria hay poquísimos, por la sencilla razón de que tienen una re-

ducida costa en el mar Adriático. Por lo mismo se comprende que en Francia hay una décima parte de ingenieros de minas de los que hay en Inglaterra, cuyo suelo está acibillado de galerías de donde se extrae el hierro y carbon que consume la mitad de Europa. Atendido este principio, que creemos está en el ánimo de todos, no titubeamos en opinar que en España debemos dar la preferencia á la agricultura, y de consiguiente á todas las ciencias y artes que con ella se rozan y le sirven de auxiliares.



Nos causa un pesar profundo el ver la poca importancia que en nuestro país tiene esta ciencia, que precisamente es la que mas ha de contribuir á desarrollar el rico manantial de riqueza que la Providencia puso en nuestras manos. España, que tal vez es la comarca mas feraz del mundo, la

que reúne las producciones de todos los climas desde la esbelta palmera hasta el copudo nogal; la que posee el vivificador sol de Andalucía y la nieve perpétua del Pirineo; es la nación mas atrasada en agricultura! Mientras nuestros campos producen la tercera parte de lo que producirían, porque los propietarios ignorantes no enseñan á sus colonos el modo adecuado de cultivarlos, los cafés y círculos rebosan de abogados sin pleitos y empleados cesantes que pasan el tiempo fumando y discutiendo el modo de hacer la felicidad de la patria. Mientras nuestros ingenieros cruzaban la España de caminos de hierro para que diesen salida á los escasos productos de nuestro mal cultivado suelo, dejaban que el agua de nuestros abundantes ríos entrase intacta en el mar en vez de conducirla á nuestros sedientos campos. Y, en fin, mientras que los arquitectos renuevan y embellecen nuestras ciudades, dejamos sin poblar de arbolado las desnudas montañas, lo cual acaba de contribuir, y no poco, á las sequías que empobrecen la mayor parte de nuestras provincias.

No es de nuestra incumbencia el averiguar las causas de la decadencia de nuestra agricultura; pero ya que el hecho por desgracia es positivo, reunamos nuestros esfuerzos para que cese tan grave mal: por nuestra parte no nos quedaremos cortos. Al tratar en esta sección de la agricul-

tura y de las ciencias y artes que con ella se rozan, procuraremos hacer comprender las inmensas ventajas que reportarán los que á ellas se dediquen, y creeremos con ello haber contribuido á la prosperidad de nuestra patria en la modesta misión que nos hemos impuesto.

F. Figueras.

HISTORIA DE ESPAÑA.

La historia general del mundo es un conocimiento de los mas importantes, pero la historia del país á que pertenecemos es indispensable. Por esta razón empezamos hoy la historia de España, dando á conocer á nuestros lectores sus hechos mas culminantes.

Sería tarea sumamente prolija el entrar en la relación detallada de los acontecimientos históricos, y las inmensas vicisitudes por que ha pasado nuestra patria desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días; la índole de nuestra publicación no lo permite. Empezaremos, pues, la narración ordenada y seguida desde la irrupción de los moros; pero á fin de dar una idea de los acontecimientos anteriores á aquella época, echarémos hoy una rápida ojeada sobre la historia de nuestra patria en las épocas conocidas con los nombres de *España cartaginesa* y *España romana*.

Cuentan los historiadores mas verídicos, que despues que la confusión de las lenguas en la torre de Babel dispersó á los

— 16 —

muuy triste; otras de perros y lobos; en fin, mil cuentos. Nada de esto podia detenerme. Creía que siempre seguirían así las cosas; pero una mañana el Sr. de Nelville me llamó aparte en su despacho. Cerró la puerta, abrió un cajón y sacó un collar encarnado como el de Enriqueta. Aquel collar tenía una plancha de plata sobre la que estaba grabado mi nombre y el de mi amo.

El Sr. de Nelville me dió á comprender el honor que me hacia, y viendo mi poca afición por las alhajas, habló de la vanidad de los adornos y encomió mi modestia. Yo temblaba como un azogado y hasta lloré de coraje.

EL SR. DE NELVILLE: Vamos, César, no comprendo tu repugnancia. Este collar es sumamente bonito, te sentará bien, y además es un talisman. Una vez que lo lleves atado al cuello, no te sucederá ningún percance.

Yo: ¡Guou! ¡guou! ¡guou!...

EL SR. DE NELVILLE: ¡César, aquí!

Me acurruqué debajo de la mesa agachándome y lanzando aullidos.

¡Cuán insensato era! mi amo tomó un látigo y empezó á pegarme, al principio con blandura, pero como yo no cedía, empezó á redoblar los golpes apretando la mano cada vez mas. Entonces pasó una escena trágica. Á mis gritos acudieron los muchachos, y tuve

— 13 —

CAPÍTULO II.

LA PRIMAVERA.—ME PASEO.—SULTAN.—UN ACONTECIMIENTO TERRIBLE.

Enriqueta me habia dicho varias veces: ¡Ya verás, *perito* mio, qué campiña tan preciosa tenemos! ¡verás qué paseos damos! — Estaba yo bien lejos de pensar que vivíamos en uno de los mejores castillos de la Turrena.

El día último de abril era uno de aquellos días suaves que no son raros en el *Jardín de la Francia*. El Sr. de Nelville anunció que haríamos una larga excursión hasta las cascadas; que los muchachos pescarían en el estanque, y que Enriqueta, montada en su asno, nos acompañaría custodiada por la criada.

El sol y los preparativos me hicieron pronto adivinar de qué se trataba. Saltaba, ladraba y gruñía por la impaciencia que tenía de entrar en el bosque, cuya primera verdura habia distinguido aquella mañana desde mi ventana.

Echamos á andar: yo me precipité bajando con paso precipitado una especie de talud; hollando sin

hombres, Tubal pasó á España seguido de algunas personas adictas y poblaron nuestro suelo.



Los cartagineses, que formaban una nación importante al Norte del África, y que solo estaban separados de nosotros por el estrecho de Gibraltar, entraron en nuestro país con la capa de amigos, y se apoderaron de él de una manera traidora, no sin haber sostenido graves luchas que terminaron los generales cartagineses Amílcar y Asdrúbal en el año 516 de la fundación de Roma.

Celosos los romanos de la importancia que iba tomando su rival Cartago, invadieron la España, y tras una sangrienta guerra desalojaron de ella á los cartagineses en el año 554 de la fundación de Roma. Dueños ya los romanos de la Península, tuvieron sin embargo que sostener rudas y tenaces luchas con los naturales, que no querían doblegar su cerviz al yugo de la nación que era dueña de la mayor parte del mundo co-

nocido. Uno de los españoles que mas se distinguió contra los romanos fue el gran Viriato, que los derrotó en mas de treinta batallas, y tal vez hubiera conseguido la independencia de su patria si los romanos no hubiesen comprado puñales cobardes que le asesinaron traidoramente en su misma tienda.

En la lucha de titanes que sostuvo la España contra el inmenso poder de Roma se distinguió la ciudad de Numancia, que después de sufrir un largo y horroroso sitio, prefirió destruirse á sí misma por medio del fuego, antes que caer en poder de los romanos. Estos dominaron la España hasta el siglo V de la era cristiana, en que los bárbaros del Norte invadieron su imperio. Entraron los godos en España y se establecieron en ella definitivamente, siendo su primer monarca el rey Ataulfo, que subió al trono en el año 417. Á este Rey sucedieron treinta y dos mas que fueron ocupando sucesivamente el trono en medio de muchas guerras y disturbios hasta el año 714, en que entraron los moros en España, siendo rey de ella D. Rodrigo. Este Rey, de funesta memoria, habia hecho un ultraje muy grande á uno de los nobles de mas valía de su reino que se llamaba el conde D. Julian, el cual para vengarse del Rey cometió la insigne felonía de entenderse con los moros de África, y pintándoles con los mas bellos colores la hermosura de nuestro país, les abrió las puertas de España, que fue dominada al momento por sus numerosas huestes. Sorprendido el rey D. Rodrigo con un ataque tan inesperado, quiso contener á los moros en las ori-

llas del río Guadalete; pero fue vencido y destruido su ejército en aquella memorable batalla, en la que tambien desapareció el infortunado Rey.

Desde aquel día los moros fueron dueños de España.

Hemos creído que desde esta época memorable debíamos empezar la historia detallada de nuestra patria, y así lo haremos sucesivamente en nuestra publicación. No es nuestro ánimo dar á comprender que son indignos de estudio los hechos que la precedieron, y hasta aconsejamos á nuestros lectores que cuando su edad exija estudios mas serios se dediquen á ella con ahínco; pero nosotros hemos creído que, dado el poco espacio de que podemos disponer, era mejor llenarlo con los acontecimientos que, por ser menos remotos, nos interesan mas especialmente.

Solucion á la charada anterior.
CA-MI-SA.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda
Son de raza fementida,
Animal de malas artes
Y de vista muy ladina.
Un traje de gran respeto
Forman la segunda y prima;
Traje que á los criminales
Mucho miedo les inspira.
Si la charada no aciertas
Te digo, por vida mia,
Que ya no aciertas charadas
En el curso de tu vida.

EDITOR RESPONSABLE: MANUEL MIRÓ.

BARCELONA: Imprenta del Heredero de D. Pablo Riera. — 1867.

— 14 —

piedad las violetas y fresas silvestres, me hallé cerca de un largo estanque rodeado de chopos plantados simétricamente: después de haber atravesado un pequeño puente me encontré en una pradera tan hermosa que es posible, amigos míos, que no hayais visto jamás otra semejante. Mas allá de aquella verde alfombra habia unos corpulentos árboles.

En aquel momento me creí el perro mas feliz del mundo. Mi ausencia habia inquietado mucho á los de casa; por distintos puntos oía pronunciar mi nombre; pero yo me hacia el sordo, cosa muy reprehensible en un niño, y poco recomendable en un perro.

Al poco rato distinguí la voz de Pablo que decia á los demás: ¡Ahí está! Y por todo castigo me hicieron saltar y correr con ellos. Cuando la familia estuvo reunida, el Sr. de Nelville me dirigió la palabra en los siguientes términos: «Espero que no cometerás otra vez la imprudencia de separarte tanto de nosotros; el bosque es inmenso y muy espeso, y á pesar de todo tu talento corres gran peligro de perderte.» Comprendí la bondad del consejo, y desde aquel momento fui siguiendo los pasos del asno que montaba Enriqueta. Creyendo la inocente niña que yo era un ser débil como ella, se empeñó en que yo subiera al borrico con ella. Traté de resistir, pero en vano. El Sr. de Nelville me cogió por la piel del pescuezo y me colocó sobre el asno al lado de su hija.

— 15 —

Entonces saqué la cuenta que en aquella circunstancia, como en otras muchas, lo mejor era hacer de tripas corazón. Me senté cómodamente, y aquella complacencia me valió mil elogios. Parece que tenia el aspecto de un verdadero personaje; hubiera deseado entrar de aquella manera en Moscou. ¿Y por qué en Moscou? Porque el día anterior lo oí nombrar á Pablo cuando estudiaba su lección de geografía.

¿Querrán Vds. creerlo? la fortuna es capaz de echar á perder hasta á los mismos perros. Cuando llegamos sentí mucho que me bajaran al suelo.

Se detuvieron para contar unas historias de que no comprendí una palabra, y aproveché aquel alto para ir de un lado á otro, teniendo la satisfacción de ver revolotear las perdigachas á mi lado sin que mi mirada las fascinara.

Aquel día tuve el honor de comer con mis amos. Es verdad que la comida tuvo lugar sobre la fresca yerba, pero de todos modos, me colocaron entre Pablo y Enriqueta. Todo el mundo quedó pasmado al ver la gracia con que comí mi pitanza.

En aquellos momentos no soñaba sino bosques y praderas. La abuela no pudo lograr retenerme al lado de su calceta. Me llamaba calavera, y me pronosticaba mil aventuras desgraciadas. Me contaba historias que hacia como que leía en un libro; historias de perros y asnos en que mis abuelos representaban un papel